
El cuidado de la naturaleza, refugio viviente

The Care of Nature, a Living Shelter

RECIBIDO: 17 DE MARZO DE 2016 / ACEPTADO: 15 DE ABRIL DE 2016

Alejandro LLANO

Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Navarra
Pamplona. España
allano@unav.es

Resumen: *Laudato si'* anima a volver a mirar, con renovado empeño interés a las causas más profundas que están detrás del descuido y deterioro de la naturaleza. Hay una relación fundamental entre crisis ecológica y deterioro antropológico. El hombre de los países desarrollados de hoy día se ha puesto en manos de una técnica que, de un modo u otro, y sin nada que la equilibre, le hace más superficial y disperso, y le empuja al narcisismo y a la soledad, a la posesión y al descarte. La naturaleza ha dejado de ser lugar de encuentro de personas y se ha convertido o en algo a cuidar «porque lo tengo cerca» o algo para explotar económicamente, a menudo en detrimento de los países más pobres y, a la larga, en detrimento de todos. Urge un cambio de actitud, que restablezca la primacía del espíritu sobre la materia.

Palabras clave: *Laudato si'*, Ecología, Antropología.

Abstract: *Laudato si'* encourages the readers to reconsider, with a renewed interest, the most profound underlying causes of the carelessness and the deterioration of nature. There is a fundamental relation between the ecological crisis and the anthropological degradation. The man of today's developed countries has, in some ways, been transformed by the technology into a superficial and dispersed being: he has been impelled toward narcissism and loneliness, toward possession and rejection. Nature has ceased to be a meeting place for persons and has been converted into either something to care for «because it is close to me» or something to be economically exploited, frequently to the detriment of the poorer countries and, in the long-term, to everybody's detriment. A change of attitude, which reestablishes the primacy of spirit over matter, is necessary.

Keywords: *Laudato si'*, Ecology, Anthropology.

«A labado seas, mi Señor». Esta inicial referencia al *Cántico de las criaturas* de san Francisco de Asís sitúa a la encíclica *Laudato si'* en el ámbito profano y sagrado de una casa común que hemos de respetar y cultivar, de manera que constituya un camino para elevar nuestra mente al Señor de cielos y tierra.

Pero enseguida el papa Francisco confronta esta realidad ontológica (la de un mundo que, al crearlo, Dios «vio que era bueno») con la dramática realidad actual de una tierra devastada por la ambición y el ansia posesiva de quienes la habitamos. No busca el Pontífice la aceptación ni el agradecimiento de los poderosos de este mundo, a quienes se atreve a situar ante sus responsabilidades respecto a los más débiles, y al error epocal de explotar el planeta hasta aproximarlo a situaciones irreversibles. Muy críticas fueron las reacciones iniciales de quienes se sentían aludidos por este documento, que no tardaron en acusar a Francisco de exageración y carencia de base científica. Es curioso y significativo que estas críticas se esfumaron cuando, a los pocos meses de la publicación de la encíclica, el Presidente de los Estados Unidos, en el ejercicio de su responsabilidad, desató la alarma ante el daño irreversible que estaba sufriendo también el medio ambiente de su propio país.

Ya en 1979, san Juan Pablo II, en su primera encíclica (*Redemptor hominis*), advirtió que el ser humano parece no advertir los significados más radicales del ambiente natural, centrado como está en sus inmediatos intereses de consumo y prepotencia. En estos casi cuarenta años, pocos gobernantes han atendido a su llamada a una «conversión ecológica», a pesar de que cientos de voces libres, tanto desde perspectivas teológicas como humanistas, han insistido a lo largo y ancho de los cinco continentes, en la necesidad de activar las condiciones morales de una auténtica *ecología humana*. Desde entonces, los pontífices han alertado de la destrucción del ambiente humano y han llamado a un cambio profundo en los estilos de vida.

Francisco insiste ahora en la convicción de que en este mundo todo está conectado, de suerte que existe una inevitable interacción entre el desprecio a los pobres y la fragilidad del planeta. No deja de ser penoso que, dictados por lo «políticamente correcto», muchos de los actuales llamamientos al respeto del medio natural procedan de una visión esteticista y materialista del ambiente. Hay un «nuevo paradigma» ecológico, centrado en la conservación de la naturaleza en los países ricos: un modelo que apela a unas tecnologías más sofisticadas y menos agresivas en su entorno cercano, mientras despeja al «tercer mundo» los procedimientos contaminantes especialmente

agresivos. Además de adoptar una postura egoísta –sectaria incluso– no advierten estos mandatarios frívolos que la defensa del medio ambiente presenta (cada vez más claramente) una índole global, que imposibilita a corto plazo la conservación incontaminada de sectores aislados del planeta, por la fundamental razón de que tales reservas no tardarán en sufrir las desagradables consecuencias de unas perversiones ambientales que no respetan fronteras. Por mucho que se trate de preservar recintos incontaminados, los efectos perversos no tardan en alcanzarlos. Nada hay más democrático que la contaminación.

La solidaridad no es un lujo: es una necesidad, si se pretende asegurar un desarrollo global sostenible. A cada uno nos corresponde la protección del ambiente que compartimos. Fiarlo todo a un futuro de soluciones técnicas equivale a cerrar los ojos ante una amenaza que no respetará nadie. La «esperanza de la tecnología», ligada a las finanzas de alcance mundial, es incapaz de entender un mundo en el que todo está interconectado y no existen reductos que permanezcan a salvo de la contaminación. Nada más cómodo e irresponsable que la resignación de quien se tranquiliza pensando que lo peor de la contaminación no le pillará en este mundo. Porque el deterioro del medio ambiente corre más deprisa que el consumismo individualista.

El papa Francisco, en éste y otros graves asuntos, advierte –no sólo a los católicos– de los peligros de la *cultura del descarte*. La acumulación de basuras y desechos llega pronto a la altura de las ventanas, por altos que sean los edificios. Porque, entre otros «efectos perversos», el clima afecta a todos por igual, y la misma proliferación de las instalaciones de aire acondicionado es uno de los factores contaminantes más poderosos. Uno puede ironizar acerca del crecimiento del nivel del mar, hasta que un día de verano se acerca a la costa que frecuentaba en su infancia, y advierte que las aguas han cubierto buena parte del que fuera terreno de sus juegos infantiles. Llega un momento en que advierte también que apenas nieva en la ciudad donde trabaja, y casi echa de menos el bloqueo de calles y carreteras que acontecía hace tan sólo unos años. El deterioro del medio ambiente es real y creciente.

Ya no vale el espiritualismo de quien piensa que todas estas vicisitudes no afectan para nada a su vida cristiana. Porque lo cierto es que la condicionan muy poderosamente. El papa Francisco se detiene en su encíclica *Laudato si'* a detallar muchos de estos «efectos perversos», y merece la pena dedicar unas horas a estudiar con cierto sosiego las rigurosas explicaciones y descripciones que en este interesantísimo texto se contienen.

A poco que uno se pare a pensar, llegará a la conclusión de que nos estamos abocando a esa galaxia social que últimamente me ha dado por denominar «la era de la desconexión». Durante años, y hasta casi ahora mismo, nos hemos relacionado unos con otros en el marco del medio ambiente. Si recordamos el entorno en el que hemos hecho nuestros mejores amigos, durante los años de infancia y juventud, advertimos que estaba casi siempre caracterizado por la convivencia en un medio natural. Actualmente, no sólo nos hemos desconectado de ese entorno amigable, sino que apenas conseguimos sosiego para mantener vivas las relaciones de amistad o adquirir otras nuevas.

En un texto reciente del Cardenal Angelo Scola, Arzobispo de Milán, algunos aspectos de la cultura contemporánea se muestran con esa incapacidad de conexión y solidaridad que lamentablemente la caracterizan:

«Lo repito a menudo –escribe el Arzobispo de Milán–, el narcisismo es una seña de identidad de la cultura contemporánea, es decir, de la mentalidad común en la que los hombres y mujeres de hoy viven, aman y trabajan cada día. Es un replegarse del yo sobre sí mismo, que prescindir de todo vínculo, en la ansiosa afirmación de sí. Alguien, hace poco, me ha hecho caer en la cuenta precisamente de que el nuestro es un narcisismo que obtiene los efectos dolorosos del autismo. No se trata solamente del hecho de que yo prescindo del otro, sino que además termino por ser incapaz de establecer una relación con él. Así, el ser humano se condena a la soledad, ocultándose como Adán y Eva. De este modo, su existencia, llamada a ser sal y luz del mundo, termina por ser insípida, se acomoda bajo el celemín de la amargura»¹.

Con los medios informáticos resulta que, como dice T. S. Eliot en *Cuatro cuartetos*, una distracción nos distrae de otras. Desde luego, el tiempo que dedicamos a circular por la Red suele superar con mucho al que consagramos a la lectura sosegada de libros. Por no hablar de la reflexión personal. Como dice Nicholas Carr², cuando la atención que invertimos en intercambiar mensajes medibles en bits, en saltar de un vínculo a otro, sobrepasa con mucho la que dedicamos a la meditación y la contemplación, adquirimos habilidades informáticas en detrimento de las capacidades reflexivas. La actividad de rebuscar en Internet ejercita el cerebro de una manera tan elemental y mecánica

¹ SCOLA, A., Homilía. *La belleza imprescindible de la unidad*, 23-II-2016.

² Cfr. CARR, N., *Superficiales*, Madrid: Taurus, 2010, 149.

como la de resolver un crucigrama. Incluso al leer *online*, sacrificamos la capacidad que permite la lectura profunda y, según dice Maryanne Wolf, regresamos al estado de meros descodificadores de información. Nuestra capacidad de acercarnos a cuestiones humanísticas –por no decir a las teológicas– y establecer las ricas conexiones mentales que se forman cuando leemos profundamente y sin distracciones, permanece en gran medida desocupada, con el consiguiente empobrecimiento de la vida interior.

Resulta especialmente inquietante que casi todos nuestros intercambios con otras personas se realicen hoy día por medios informáticos, especialmente por Internet o por móvil. La conexión emotiva se encuentra entonces ausente. El afecto, que ha de contar con el rostro y la corporalidad, queda sustituido por signos que abocan al anonimato. Las relaciones de amistad se enfrían o se fingen. La comunicación personal se pierde en el anonimato de la tecnología.

El riesgo estriba en que la amistad se disuelva en las dinámicas de los medios del mundo digital, que no favorecen la capacidad de vivir sabiamente, de pensar en profundidad, de amar con generosidad. Corremos el riesgo de apagar lo que nos quede de sabiduría por la influencia de la capacidad dispersiva de la información. Como dice Francisco, tal situación «nos exige un esfuerzo para que esos medios se traduzcan en un nuevo desarrollo cultural de la humanidad y no en un deterioro de su riqueza más profunda. La verdadera sabiduría, producto de la reflexión, del diálogo y del encuentro generoso entre las personas, no se consigue –advierte el Papa– con una mera acumulación de datos que termina saturando y obnubilando, en una especie de contaminación mental» (n. 47).

Los nuevos medios nos abren al contacto con muchas personas, situadas en ocasiones a cientos de kilómetros, pero pueden también dificultarnos, e incluso impedirnos, la empatía con los sufrimientos, los gozos, el dolor o la alegría de aquellos con quienes convivimos diariamente en nuestra familia y en nuestro trabajo. Se extiende así una sensación creciente de soledad, de aislamiento, y la propia amistad se hace cada vez más problemática, por falta de contacto físico y de encuentro personal. Esta frialdad está influyendo también negativamente en la educación, cuando el abuso de tecnologías informáticas lleva a algo tan grave como prescindir de la comunicación personal con los maestros, los compañeros y los libros. Estudios pedagógicos reiterados y serios han demostrado el descenso de nivel que produce en los alumnos la generalización invasiva de la tecnología informática en las aulas de enseñanza elemental y del bachillerato.

La encíclica *Laudato si'* nos invita a superar esta manera anónima y genérica de habitar con otros, y a recuperar el sentido entrañable de la convivencia entre personas. Una auténtica convivencia tiene su raíz, más implícita que explícita, en el ámbito del amor como donación donde la persona, por fin, descansa. Las propias virtudes éticas, con toda su nobleza, dejan de centrarse en uno mismo –como adornando el pedestal de la propia excelencia– para ponerse al servicio de las personas con las que se convive. Cada uno se sabe entonces dependiente de otros y reconoce que otros dependen de él. Es lo que Alasdair MacIntyre llama «virtudes de la dependencia reconocida»: la generosidad, la misericordia, la piedad, el perdón, el agradecimiento, la ternura y, sobre todo, el cuidado. Cuando alguien cuida de otro –en el seno de una mutua dependencia– no actúa de una forma paternalista o falsamente protectora. No le sustituye, sino que le deja ser y le apoya en su actuar, quizá disminuido por la enfermedad o la minusvalía.

El amor personal requiere practicar un realismo esperanzado: un pensar meditativo que se abre agradecidamente a lo real. La unidad de consideración y de acción es precisamente el *cuidado*, que los griegos denominaban –con mayor riqueza significativa– *epiméleia*. Cuidado es cultivo de la vida, cooperación respetuosa con las realidades que nos rodean. Como dice Helmut Kuhn³, el alma cuida del cuerpo animado; el hombre cuida de sí mismo y de sus semejantes a través de la *cultura*, que es fomento de lo humano y de los medios para dignificarlo. Cultivamos la tierra que nos nutre y la tradición que espiritualmente nos hace ser quienes somos, seres en la verdad y en el tiempo. Los padres cuidan de los hijos; el político debe cuidar de la ciudadanía; los esposos se cuidan mutuamente. Y Dios cuida de todos. Pero este movimiento descendente encuentra una respuesta ascendente en la aceptación y el reconocimiento. El hijo maduro cuida de sus padres. El ciudadano responsable se preocupa por la suerte de la ciudad y cuida que el estadista no utilice la cosa pública para sus intereses parciales. Y el hombre y la mujer –unidos en el amor matrimonial– ofrecen a Dios su *culto*.

El cuidado comparece en todas las actitudes humanas hondas y auténticas. Pero nunca procede con prepotencia, sino entre las imperiosas exigencias de fomentar el bien y la incertidumbre sobre dónde se encontrará lo bueno para el otro; lo cual sólo cabe vislumbrarlo progresivamente, por aproximación

³ Cfr. KUHN, H., *Die Kirche im Zeitalter der Kultur-Revolution*, Graz: Styria, 1985.

a una subjetividad que era inicialmente ajena y acaba siendo considerada como propia. El ejercicio del acercamiento y la rectificación nos enseña paulatinamente a superar los dos extremos defectuosos de la debilidad y la violencia.

El cuidado adquiere un significado eminente en la comunidad de vida establecida por el amor esponsal. Los esposos cuidan uno del otro de una manera que no es equiparable con cualquier otro modo de solicitud en este mundo. Porque en ningún otro tipo de relación el otro es *mío* de una manera que no es posesiva, sino de donación. La atracción sexual y el deseo de perpetuarse en los hijos son elementos clave en esta relación, pero no dan cuenta cumplidamente de ese tipo de dádiva amorosa, según la cual el marido se realiza en la esposa y la esposa en el marido. La condición psicossomática propia del ser humano es aquí camino para acercarse al hondo misterio de un amor personal que no se resuelve ni en el terreno de las puras normas ni en el del escueto sentimiento.

Se trata de una forma dinámica y flexible de cuidar de otro como si fuera uno mismo. La *epiméleia* implica mimesis, que no es imitación redundante, sino seguimiento personal, atento y activo: justo lo opuesto al juzgar implacable y a la crítica negativa, incompatible con el amor esponsal, cuya actitud fundamental está hecha de respeto, moderación y pudor. Este tipo de cuidado es analógica unidad de lo que es diferente. Pues bien, la única posibilidad no dialéctica de buscar la unidad sin destruir la diferencia, y afirmar la diferencia sin quebrar la unidad, es el amor.

La filosofía y la poesía han reconocido, desde Platón al menos, que para entender y proteger al ser humano no basta la fría inspección: es necesaria la contemplación amorosa, un acercamiento a la persona querida que sea cognoscitivo y volitivo a un tiempo. El cuidado es respeto a la realidad única de cada persona. Estriba en conspirar en el interior con el proyecto del otro, sin imposiciones ni sustituciones. Consiste en la veneración por el misterio que se esconde en cada uno de los seres humanos, en la ternura por ellos. El cuidado es serenidad, docilidad a lo real, hondura del pensamiento, actitud meditativa. El cuidado –como la ternura– es sutil, aunque no imperceptible. El amor cuidadoso se interesa por la vida del otro, porque lo considera parte de la propia vida.

Este panorama –que no es irreal, pero resulta ética y afectivamente muy exigente– parece que choca con la dureza de la vida que comparece en muchos aspectos de la sociedad contemporánea. Lo más común y próximo lo encontramos en la naturaleza que nos rodea y nos alimenta. Y es justamente en este

entorno donde, de manera creciente, el abuso del ambiente y su degradación aparece como causa y efecto del deterioro humano y ético. Ya en la exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, de 2013, el papa Francisco advertía: «Cualquier cosa que sea frágil, como el medio ambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertidos en regla absoluta» (citado en *Laudato si'*, n. 56). La resistencia más fuerte al cuidado de la naturaleza se encuentra con frecuencia en el poder político conectado con las finanzas, que constituyen un frente casi inexpugnable contra el que poco pueden las personas individuales o los pequeños grupos de ciudadanos inquietos por la implacable agresión al entorno.

Todas las personas despiertas y conscientes, y especialmente los cristianos, deben proteger sobre todo al ser humano contra la destrucción de sí mismo. El cristiano está siempre en la brecha, en defensa de las mujeres y de los hombres. No somos un producto ciego de la evolución, sino obra directa de Dios. Más aún, el entero universo material constituye un lenguaje del amor de Dios por sus criaturas. Sabemos que la recta moral siempre ha enseñado que la naturaleza es una herencia común. Incluso el derecho a la propiedad privada no es absoluto: está subordinado al destino universal de todos los bienes naturales y técnicos. También a este respecto, nadie es más digno que nadie.

Somos más poderosos que nunca. Pero nuestra extraordinaria capacidad técnica, que nos abre la posibilidad de construir un mundo más humano, puede también usarse como un arma letal en contra de la naturaleza y de las propias personas. Lamentablemente, este riesgo no es una amenaza lejana, objeto de las inquietudes de los más imaginativos y temerosos. Es hoy mismo cuando cientos –miles– de personas caen a manos de otros tan humanos como ellos, en guerras cuyas motivaciones ni siquiera llegamos a entender. Y, sin necesidad de pensar en panoramas alejados, el terrorismo y la violencia nos amenazan en nuestro propio terreno. Lo que Romano Guardini escribía hace setenta años sigue siendo de creciente actualidad:

«La posibilidad de que el hombre utilice mal el poder crece constantemente. Como aún no existe una ética auténtica y eficaz del uso del poder, la tendencia a considerar este uso como un proceso natural, no sometido a norma alguna reguladora de la libertad, sino únicamente a los supuestos imperativos de la utilidad y de la seguridad, es cada vez mayor. Aún más: el desarrollo de los acontecimientos produce la impresión de que el poder se está objetivando; de que, en el fondo, no es ya poseído y

utilizado por el hombre, sino que continúa desarrollándose y determinándose a la acción autónomamente, según el proceso lógico de los problemas científicos, de las cuestiones técnicas, de las tensiones políticas. Esto significa, incluso, que el poder se hace demoníaco»⁴.

Hablamos a veces de «tecnocracia» como un modo normal de comportarse en nuestro tiempo que practican no pocos empresarios y políticos. Pero no siempre caemos en la cuenta de que la tecnocracia constituye algo mucho más radical y más grave. Es una manera de pensar y de trabajar que pone el cambio y la utilización de las cosas por encima de la perfección de las personas. Es más, parece como si las mujeres y los hombres justificaran su presencia en la sociedad, e incluso su entera existencia, por la contribución que hagan a una presunta modernización del estilo de vida y por su aportación a la riqueza económica. La búsqueda de la verdad, el perfeccionamiento ético y el despliegue de la cultura, se presentan como algo secundario y, en cierto modo, decorativo. Estamos ante la primacía de la materia sobre el espíritu, de las cosas sobre las personas y de la producción sobre la contemplación.

Se ha calculado que un veinte por ciento de la población mundial consume recursos en tal medida que detrae a las naciones pobres y, probablemente, a las futuras generaciones lo que necesitan para sobrevivir. El poder –potenciado por las nuevas tecnologías– se sitúa por encima de la sabiduría. Muchas veces faltan los recursos culturales y éticos para encaminar esas potencialidades hacia el bien común. Se ha globalizado el paradigma tecnocrático, que presenta un carácter homogéneo y unidimensional, y que ha suscitado la idea de un crecimiento ilimitado, como si hubiera una disponibilidad infinita de los bienes de la tierra (lo cual es ilusorio, porque ya estamos presenciando los límites físicos y humanos de tal presunta disponibilidad).

Francisco nos recuerda que el cristiano ha de hacer una opción preferencial por los pobres, que no son personas descartables ni están privadas de los derechos humanos básicos. Jesucristo vivió pobremente, y Él es nuestro ejemplo en todo. Nos habla con su propia vida de la inmensa dignidad del pobre y nos incita al desprendimiento de las cosas materiales. Ésta es una de las convicciones más hondas de la persona creyente, que lleva consigo exigencias éticas fundamentales. La erradicación de la miseria y el desarrollo social de los habitantes de las zonas deprimidas constituye una clara prioridad para todas

⁴ GUARDINI, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, Madrid: Guadarrama, 1958, 111.

las personas con sensibilidad ética. Lo cual lleva consigo el examen crítico del nivel escandaloso de consumo por parte de sectores privilegiados de la población, no pocas veces acompañado de una corrupción descontrolada, que es necesario vigilar del modo más estricto posible.

El paradigma tecnocrático –que se presenta, engañosamente, como el único planteamiento científico– se ha vuelto tan dominante que es muy difícil prescindir de sus enfoques, más orientados al dominio que al bienestar de las poblaciones y a la verdadera utilidad. Tiende a dominar sobre la economía y la política, hasta el punto de que en ocasiones las finanzas ahogan a la economía real. Lo que se encuentra en la base de este planteamiento es un deterioro cultural, que viene de atrás, y que se torna incapaz de proporcionar una visión profunda y global de lo que está ocurriendo. «La vida pasa a ser un abandonarse a las circunstancias condicionadas por la técnica, entendida como el principal recurso para interpretar la existencia. En la realidad concreta que nos interpela, aparecen diversos síntomas que muestran el error, como la degradación del ambiente, la angustia, la pérdida del sentido de la vida y la convivencia» (n. 110).

Según el Papa, hay una *hybris* antropocéntrica: una especie de sueño prometeico de dominio sobre el mundo, que puede llegar a producir la impresión de que el cuidado de la naturaleza es cosa de personas débiles (cfr. n. 116). Semejante situación nos lleva a una constante esquizofrenia que transita desde la exaltación tecnocrática hasta negar el valor peculiar de lo humano. En definitiva, no hay auténtica ecología sin una verdadera antropología.

Se cae entonces en el relativismo de atribuir valor a las cosas en función de la utilidad que parecen prestar a la sociedad. Es un relativismo de cortos vuelos, donde todo se vuelve irrelevante si no contribuye a los intereses materiales y económicos inmediatos. «La cultura del relativismo –leemos en *Laudato si'*, n. 123– es la misma patología que empuja a una persona a aprovecharse de otra y a tratarla como mero objeto, obligándola a trabajos forzados, o convirtiéndola en esclava a causa de una deuda».

Todo está íntimamente relacionado. Por eso necesitamos una *ecología integral*, que relacione equilibradamente la dimensión ambiental con la económica y social. Más en concreto, «la política no debe someterse a la economía y ésta no debe someterse a los dictámenes y al paradigma eficientista de la tecnocracia. Hoy, pensando en el bien común, necesitamos imperiosamente que la política y la economía, en diálogo, se coloquen decididamente al servicio de la vida, especialmente de la vida humana» (n. 189). Francisco nos advierte que

«conviene evitar una concepción mágica del mercado, que tiende a pensar que los problemas se resuelven con el crecimiento de los beneficios de las empresas o de los individuos» (n. 190).

Si los desiertos exteriores se multiplican en el mundo, es en buena parte porque se han extendido los desiertos interiores. La crisis ecológica sobre la que el Papa nos llama la atención con su brillante encíclica, constituye la llamada a una seria y profunda conversión interior. No valen las excusas de realismo y pragmatismo, aducidas a veces por cristianos practicantes, e incluso piadosos, que con la excusa de la eficacia sonríen con suficiencia ante las preocupaciones acerca del medio ambiente.

La espiritualidad cristiana nos propone un modo de vida que podría sintetizarse en el lema «menos es más». La acumulación de cosas que se pueden consumir o con las que cabe distraerse ha de ser sustituida por la atención a lo más esencial, en lo que se juega la auténtica calidad de vida. Y lo más valioso de cuanto nos rodea no son las cosas, sino las personas. Las escandalosas diferencias entre el modo de vida de los poderosos, a los que les sobra de todo, y el esfuerzo que han de hacer los pobres para cubrir sus necesidades primarias, es algo que clama al cielo. Puede decirse que hoy día resulta más difícil que en otras épocas un entendimiento correcto y sabio del ser humano con las cosas.

No estamos solamente ante la cuestión pragmática de un reparto adecuado de los bienes. Lo que late en el fondo es una concepción cultural desencajada, propia de la modernidad tardía, que no hemos conseguido superar. «El ser humano y las cosas han dejado de tenderse amigablemente la mano para pasar a estar enfrentados. De aquí se pasa fácilmente a la idea de un crecimiento infinito o ilimitado, que ha entusiasmado tanto a economistas, financieros y tecnólogos. Supone la mentira de la disponibilidad infinita de los bienes del planeta, que lleva a “estrujarlo” hasta el límite y más allá del límite» (n. 106). Se ponen en juego metodologías inadecuadas para tratar con cuestiones que no son meramente técnicas ni cuantitativas, sino que implican modos de comprender al ser humano y al mundo en el que vive. Predomina entonces el *pathos* de dominio, de control y ansia de bienestar material. Pocos, en cambio, comprenden hoy que la contemplación de la realidad es más valiosa que la acción transformadora del mundo.

Una de las consecuencias más perceptibles de este desbocamiento es –como hemos venido relatando– el deterioro ambiental. No faltan quienes aventuran la predicción de que el propio dominio técnico de la naturaleza, que está conduciendo a la destrucción de muchos bienes ambientales, será capaz

en el futuro de restablecer e incluso de mejorar lo dañado. No se percatan de que –perdida la articulación entre la ética y la técnica– no va a ser hacedero recuperar tal armonía, a no ser que se produjera un cambio radical en el modo de pensar, gracias al cual se superara la actual fragmentación de los saberes, y aconteciera la recuperación de la supremacía del espíritu sobre la materia. Este horizonte –por más necesario y deseable que realmente sea– no se corresponde con los modos actuales de pensar ni con la actitud que se adopta generalmente respecto a la naturaleza. Como advirtió Benedicto XVI, el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral ni la inclusión social de los más pobres⁵. Mientras tanto, tenemos un «superdesarrollo derrochador y consumista, que contrasta de modo inaceptable con situaciones persistentes de miseria deshumanizadora»⁶. Por otra parte, el deterioro del medio natural está implicando una rápida destrucción de especies animales y vegetales, que en muchos casos resulta irreversible.

«La cultura ecológica –se lee en *Laudato si'*, n. 111– no se puede reducir a una serie de respuestas urgentes y parciales a los problemas que van apareciendo en torno a la degradación del medio ambiente, al agotamiento de las reservas naturales y a la contaminación (...). Buscar sólo un remedio técnico a cada problema ambiental que surja es aislar cosas que en la realidad están entrelazadas y esconder los verdaderos y más profundos problemas del sistema mundial». Mientras no consigamos superar el paradigma tecnocrático reinante, no será posible abordar con amplitud y radicalidad esta grave cuestión. Se hace urgente y necesaria una auténtica revolución cultural, en la que se advierta que la supremacía de la técnica sobre la ética equivale al dominio de la materia sobre el espíritu. No deja de ser una hiriente paradoja que el moderno antropocentrismo haya conducido a que las cosas ejerzan un creciente dominio sobre las personas. El actual ser humano –como dijo alguna vez Guardini– ni siente la naturaleza como norma válida, ni menos aún como refugio viviente. La ve sin hacer hipótesis, prácticamente, como lugar y objeto de una tarea en la que se encierra todo, siéndole indiferente lo que con ella suceda. La desmesura antropocéntrica moderna ha conducido, paradójicamente, a un abajamiento del hombre hasta unos términos materialistas que cuestionan cada vez más agresivamente su libertad y su dignidad.

⁵ Cfr. BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate*, n. 35.

⁶ *Ibid.*, n. 22.

Bibliografía

BENEDICTO XVI, *Caritas in veritate* (29-VI-2009).

CARR, N., *Superficiales*, Madrid: Taurus, 2010.

GUARDINI, R., *El ocaso de la Edad Moderna*, Madrid: Guadarrama, 1958.

SCOLA, A., Homilía *La belleza imprescindible de la unidad* (23-II-2016).

